

Elide y Mesenia, se apoderaron de todo el Peloponeso, y recibieron, después de la sumisión de los etolios, las ciudades de Heraclea, en el Oeta, y Pleuron.

XII. — NUEVO ORDEN DE COSAS EN LOS ESTADOS DEL ASIA MENOR.  
LOS GÁLATAS

Por lo que se refiere al Asia, los romanos no pudieron comprender entonces la extensión que tenía la victoria conseguida en Magnesia: tampoco pudieron imaginar que la pérdida de una batalla decisiva y la del Asia Menor, lo cual no era nuevo para los Seléucidas, tendrían por inesperada consecuencia aniquilar el porvenir político del reino de Antíoco. El Senado, además de exigir al gran rey la contribución de guerra de 15,000 talentos, que habían de ser pagados en doce años, le impuso varias condiciones cuyo objeto era asegurar las comarcas occidentales contra nuevos ataques por parte de los sirios. La corte de Antioquía no sólo se obligó a no atacar en lo sucesivo los Estados situados al Oeste del Halis y a no conquistar nada en estos puntos, en caso de una guerra defensiva, sino también a entregar sus elefantes de guerra y a no domesticar otros. Además, la escuadra debió quedar reducida a diez buques, número que sólo podía ser aumentado en caso de una guerra defensiva; y los buques de guerra sirios no debían doblar la desembocadura del cilicio Calicadno, ni el promontorio sarpedónico, a no ser en el caso de servir de escolta pacífica.

De esta suerte el antiguo poderío de los Seléucidas quedó limitado por el Tauro cilicio. Era natural que los Estados del Norte de su reino que se encontraban bajo su clientela, y de los cuales no se cuidaron los romanos, como Capadocia y Armenia, se desentendiesen de la dependencia de los Seléucidas y se proclamasen potencias más o menos independientes. En cambio los romanos no quisieron en manera alguna adquirir posesiones inmediatas en el Asia, es decir, entre los mares griegos y el Halis. Las comarcas arrebatadas al gran rey fueron organizadas, siguiendo una antigua costumbre, al estilo romano; de suerte que los que hasta entonces habían sido aliados del Senado fueron adquiriendo el carácter de fuertes potencias que, por una parte, vigilaban y tenían en jaque a la Siria y, por otra, observaban a Filipo de Macedonia, mirado siempre con desconfianza, debiendo y pudiendo además servirse mutuamente de contrapeso. Las ciudades griegas del Asia Menor, algunas de las cuales recibieron nuevas tierras y otras ventajas, debían ser libres con tal que hubiesen tomado parte en la batalla de Magnesia, al lado de los romanos. Así fué que quedaron independientes los llamados afines legendarios de raza de los romanos en Dárdano é Ilio y los lugares de Cime, Smirna, Clazomenes, Eritrea, Chio, Colofonte, Mileto, Focea y otros, con la sola condición de pagar a Roma los tributos que varias ciu-

dades griegas habían pagado hasta entonces a Pérgamo. La activa república de Rodas recibió, en la distribución de la mayor parte de la Caria y de la Licia, una porción considerable de tierra firme. El rey Eumenes II de Pérgamo obtuvo, entre otras importantes recompensas, y sin tener en cuenta la Bitinia, la parte del león en el botín asiático; pues el territorio hereditario del reino de los Atálidas se aumentó con las siguientes comarcas: el Quersoneso, con Lisimaquia; la Frigia helespóntica; la Lidia, con Efeso y Sardes; la Caria, hasta el Meandro; la Gran Frigia, con Licaonia; la Licia septentrional y un puerto licio, recibiendo además la soberanía ó protectorado y el derecho de tributos sobre las ciudades griegas que no habían sido declaradas completamente libres.

Más trascendental fué todavía para los Estados del Asia Menor la destrucción final de la potencia céltica; las huestes de este pueblo que anteriormente habitaban la península, se habían mantenido quietas en la comarca llamada Galacia, formando en ella una constitución federal. Los doce tetrarcas, a cada uno de los cuales correspondía un cantón de los cuatro de que constaba cada una de las tres tribus gálatas, constituían, con el consejo de 300 nobles, la suprema autoridad de aquella porción oriental de la gran nación céltica. La asamblea que juntos componían aquellos tetrarcas se reunía en lugar sagrado del país (Drunemetum) principalmente para fallar los procesos de sangre. Los gálatas, si bien después experimentaron la influencia del grecinismo de tal suerte que se señala a este pueblo como galo-greco, conservaron no sólo su lengua, civilización y costumbres patrias, sino también su antigua rudeza guerrera, su afición a la rapiña y su fuerza que les hacía muy apreciados como mercenarios, como lo probaba que soldados gálatas habían peleado en Magnesia. Cuando los romanos procedieron a la nueva organización, los celtas se vieron obligados a enviar algunas huestes armadas a sus fronteras; pero el cónsul del año 189, Cneo Manlio Volso, que con la comisión senatorial reorganizaba el Asia, en su afán de gloria y de rapiña, después de haber saqueado salvaje é injustamente a los dinastos del valle del Meandro y de Panfilia, atacó el territorio de los gálatas sin mandato oficial y sin haber mediado negociación alguna con ellos. Los tolistoboyos, del Oeste, y los testosagos del centro del país fueron completamente vencidos y saqueados, aquellos en el Olimpo y estos en el Magaba, con grandes pérdidas así de muertos como de prisioneros. Los trocmos del Este del Halis fueron los únicos que no se vieron molestados. En cambio Volso, al atravesar en otoño del año 188 la Tracia para conducir de nuevo el ejército a su patria, se dejó derrotar por las salvajes tribus de aquella comarca, sufriendo grandes pérdidas de hombres y de botín. Así terminaron por mucho tiempo las luchas al otro lado del Adriático.

## CAPÍTULO II

### COMPLETA SUMISION DE LOS MACEDONIOS, CARTAGINESES Y AQUEOS

- I. Catón. Muerte de Publio Escipión. — II. Decadencia de Roma. Catón como censor (184). — III. Roma, Masinisa y Cartago. Muerte de Aníbal. — IV. Roma y Macedonia. Muerte de Filipo V. Perseo. — V. Roma y los griegos. Situación de la liga aquea. Muerte de Filopemenes. — VI. Calícrates y el partido romano. Guerra de los aqueos contra el rey de Macedonia, Perseo. — VII. Batalla de Pidna. Disgregación de Macedonia. Mal comportamiento de los epirotas, de los aqueos, de los rodios y de los pergameos. Atenas. — VIII. Situación de los macedonios y de los helenos. — IX. Guerra en España. Hechos sangrientos de Lúculo y de Galba. — X. Masinisa, Roma y Cartago. El anciano Catón. — XI. Últimas guerras de los romanos contra Cartago. Escipión Emiliano. — XII. Asalto y destrucción de Cartago. África provincia romana. — XIII. Atenas y los oropios. Conflictos políticos en el Peloponeso. — XIV. Sublevación de Andriscos en Macedonia. Roma y los aqueos. — XV. Guerra entre aqueos y romanos. Destrucción de Corinto. — XVI. Macedonia provincia romana. Situación de los griegos en la provincia *Acaya*. — XVII. Atenas. Polibio.

#### I. — CATÓN. MUERTE DE PUBLIO ESCIPIÓN

Con la terminación de las últimas luchas asiáticas y etolias, cesó por muchos años para el Senado la necesidad de sostener las legiones y las tropas itálicas en un pie de guerra importante. Solo en la Alta Italia y en España continuaban activos la espada y el pilo; pero también en estos puntos la lucha se reducía cada vez más a pequeños combates con los salvajes pueblos de la frontera ó con los insurrectos. El Estado romano ciertamente no había conquistado todavía la inmediata soberanía universal, pero era la potencia más fuerte no sólo de los países de Occidente, sino de la parte de Oriente en que se hablaba el idioma griego. Su dominación inmediata se extendía entonces desde Gades y desde las fronteras occidentales de Numidia, hasta el Halis, no siendo ya peligrosas para el Senado ni la decadente potencia de los Seléucidas, ni la más fuerte pero mal dirigida de los Lápidas.

Estos fueron los mejores tiempos de la República. A fines del siglo que estudiamos veremos nuevas é importantes luchas en las cuales la antigua fuerza heroica de los romanos reaparece en todo su esplendor. El nuevo período, durante el cual Roma fué el centro de una política magestuosa que se extendía y dominaba en el antiguo mundo desde el Océano Atlántico hasta el Delta del Nilo, ofrece muchos brillantes rasgos; pero detrás de estos se ocultan elementos de decadencia, y en breve empiezan a ejercer su acción los factores de la descomposición del antiguo y sólido edificio. Bajo el punto de vista de la política exterior, de las costumbres, de la cultura, de la vida agrícola y aun de la existencia militar, se verificó en muchos puntos una evolución en extremo funesta.

Cuanta más importancia iba adquiriendo en Roma la política exterior, cuanto más el Senado aparecía como el factor principal, tanto más la decisión de ciertas cuestiones de política extranjera se hacía patrimonio exclusivo de algunas grandes familias nobles, en las cuales hasta ahora hemos visto figurar a las de los Escipiones y de los Flaminius. No faltaba, ciertamente, en el Senado una tenaz oposición contra estas familias y su poderío, así por los nuevos principios que informaban su política, como por las aficiones de algunos hombres importantes y de sus adeptos, que se inclinaban con preferencia a la civilización griega, por su predilección a las innovaciones contrarias al antiguo modo de ser de los romanos y por los signos de decadencia que entonces desgra-

ciadamente se notaban ya en la nobleza. El enemigo más tenaz, más considerado y más enérgico de todos estos hombres privilegiados, era el austero plebeyo Catón, que, con todos sus defectos y debilidades, partidario, por su educación, de la antigua existencia nacional romana, era el más legítimo representante de la plebe y de la democracia rural de la época, y con la misma fuerza con que combatía la decadencia de la vida agrícola romana, luchaba contra la degradación moral y política de la nobleza, especialmente contra el modo de ser griego, al cual profesaba odio profundo, y contra sus importadores en Roma.

Catón fué desde un principio adversario de Publio Escipión, a cuyo lado había militado como cuestor en Sicilia, mostrando ya entonces repugnancia por el modo de ser nuevo y anti-romano de aquel. Había combatido con gran energía desde el año 190 a aquellos que, como vencedores, deseaban con ansia los honores de un triunfo que, según él, no habían merecido, y que muchas veces, según su sentir, se habían hecho culpables: entre ellos se refería a Fulvio Nobilior, el conquistador de Ambracia, y al codicioso Volso, vencedor de los gálatas. Poco consiguió, sin embargo, pues no siempre la opinión de aquel hombre austero prevaleció contra la mayoría, compuesta de amigos de los generales que, aunque no exentos de faltas, habían resultado de continuo vencedores. Más enérgica fué todavía su campaña contra el hombre de Estado más poderoso, el vencedor de Zama, que tan antipático le era. Escipión, desde que había regresado de África, era el hombre más notable de la nobleza romana; a pesar de lo cual no siempre las cuestiones de Estado se resolvían a medida de sus deseos. En 199 fué nombrado censor y en 194 elegido por segunda vez cónsul; con cuyo motivo, en detrimento de su popularidad, indujo a los censores a que cometieran el abuso censurable de separar de los asientos de los demás espectadores, en las fiestas megalenses, nuevos juegos escénicos que en honor de la Cibele se celebraban en abril, los asientos destinados a los senadores. Como en 199 y en 194, a su regreso de Asia, en 189, fué nombrado por los censores *Princeps Senatus*, de suerte que tenía el derecho importantísimo de emitir antes que nadie su parecer en el Senado. Esto aumentó la antipatía que hacía él sentían los romanos de la antigua escuela, que miraban con mala voluntad la situación en que se encontraba, tan poderosa así respecto del antiguo modo de ser de la república, como de las relaciones exteriores. A este partido fué debida la exigencia que en 187 tuvieron los dos tribunos Petilios, y que, encaminada a despresti-

giar moralmente al gran general, consistía en obligar á este á rendir cuentas del botín y de algunas contribuciones de la guerra siria. Altamente ofendido, y quizás sin culpa, respecto de algunas cantidades que no habían sido incluidas en el inmenso botín que había ingresado en el erario público, rompió Publio Escipion delante del Senado los libros de cuentas. Entonces el tribuno M. Nevio le acusó ante el pueblo de haber sido sobornado por Antíoco III para concederle una paz tan ventajosa: Publio, eludiendo la cuestion, recordó sus hazañas, entusiasmó al pueblo, é hizo que le siguiera al Capitolio, á dar gracias á los dioses por ser aquel día el aniversario de la batalla de Zama. Con esta demostracion, sin embargo, no quedó terminado el asunto que tanto había ofendido á aquel hombre orgulloso; no tardaron mucho los tribunos en renovar sus ataques contra Publio Escipion y protegidos por Caton promovieron la cuestion económica contra su hermano Lucio. Este fué condenado al pago de cuantiosas multas; pero entonces se presentó el tribuno Tiberio Sempronio Graco, que hasta aquel momento había sido enemigo de los Escipiones, y que, como Caton representaba el elemento democrático rural, y puso fin á la odiosa contienda, declarando que protestaba contra toda detencion eventual de un hombre bajo cuyos auspicios se había terminado brillantemente una guerra nacional de tanta trascendencia. Publio, sin embargo, se retiró, contra su voluntad, de los negocios públicos y murió poco despues (183) á los 52 años, en Liternum, quinta que poseía en la Campania.

#### II.—DECADENCIA DE ROMA. CATON COMO CENSOR (184)

No era, sin embargo, la familia de los Escipiones la única contra la cual dirigía Caton toda su enérgica rudeza de antiguo romano: el austero y respetable plebeyo veía con pena que el modo de sér de su patria sucumbía, así en la nobleza como en el pueblo, ante la poderosa influencia de la cultura griega. Bien comprendía el antiguo soldado de la guerra de Anibal que la nueva situacion de su Estado, que como primera potencia ejercía su soberanía en distintas naciones extranjeras, había de traer consigo algunas modificaciones en el modo de ser de la existencia romana. Pero su exquisita penetracion hubo de comprender, asimismo, las fatales consecuencias que traerían consigo, previendo que los romanos se familiarizarían muy pronto con los vicios del Oriente, al paso que muy lentamente, y aun esto solo por parte de una exigua minoría, se irían conociendo y apreciando los mejores frutos de la civilizacion griega. Los muchos hombres de origen griego que se establecieron en Occidente no eran, en su mayor parte, los mas apropósito para infundir á los antiguos romanos el debido respeto al carácter helénico. La inexperiencia, la elegante frivolidad, la libertad de juicio y la incredulidad religiosa, la presuncion, la independencia subjetiva, la ligereza, el desarreglo de costumbres, unas veces elegante, otras grosero, la molicie y la desconfianza que á Italia importaron no pocos griegos y helenos, desagradaba tanto mas á un patriota perfecto como Caton, cuanto mas descaradamente se arraigaban en Roma estas cualidades. Los soldados de las campañas siria y galacia, que hacían del servicio militar una verdadera profesion, ricos con el botín que les había correspondido, adoptaron la molicie y corrupcion del Oriente griego. Los generales y los oficiales introdujeron la afición á los refinados placeres de la mesa y al lujo fastuoso en una ciudad como Roma que, desde los últimos tiempos de la guerra de Anibal, había visto aumentarse considerablemente, con carácter religioso en un principio, las fiestas y banquetes públicos, entre los cuales se contaban, desde el año 217, las saturnales. El afán de placeres que sentía la plebe, la

creciente pompa que se desplegaba en las fiestas y juegos, entre los cuales contaban los romanos desde el año 187 las sangrientas luchas de fieras y los ejercicios de atletas griegos, el instinto de rapiña y las orgías de los soldados, se armonizaban con la codicia de muchos oficiales y con la desmoralizacion de no pocas familias renombradas de la nobleza. Cuántas raices echó entonces en Roma la corrupcion, lo demuestra el hecho de que en 186 se descubrió que por toda la Italia se había extendido un culto báquico secreto que, importado de Grecia á Etruria, traía consigo reuniones nocturnas é inmoralidades de toda clase, sirviendo de encubridor á toda clase de delitos, sin excluir los juramentos y testamentos falsos y los asesinatos. La enérgica investigacion á que procedieron en toda la península el Senado y los cónsules demostró que mas de 7,000 personas, entre ellas muchas mujeres, pertenecían á esta sociedad secreta. Muchas prisiones y sentencias de muerte acabaron con esta repugnante secta: las mujeres culpables fueron entregadas á sus familias para que estas cumplieran las sentencias capitales. En el año 180, fué necesario obrar con fuerte mano para dominar la calamidad.

Cuando en tales circunstancias Caton fué nombrado censor, en 184, junto con el anciano patricio, Lucio Valerio Flaco, amigo y correligionario suyo, ejerció este cargo de tal suerte, que formó época en la historia de aquellos tiempos, valiéndole al austero Porcio el sobrenombre de el Censor, con que le conoce la posteridad y llegando á ser proverbial en todos tiempos la *austeridad catoniana*. El severo Porcio, que sobresalía en la guerra, en el foro y en el Senado, gigantesca figura dotada de brillantes cualidades, agricultor de infatigable actividad, hombre de rojo cabello, de ojos de un color verde claro, y de áspera voz, de temperamento enérgico, de elocuencia ruda, de sentido práctico, muestra viva del romanismo por sus condiciones de agricultor, soldado, orador y jurisconsulto, y por su actividad, irresistible elocuencia, abnegacion patriótica, parsimonia y valor personal, no tardó, como ya lo había anunciado, en utilizar todos los medios que su nuevo cargo le proporcionaba para castigar la inmoralidad que tanto se había generalizado, y velar por la conservacion de las antiguas costumbres. La revision del Senado que daba continuamente márgen á notas censorias, costó entonces el cargo á siete miembros de esta asamblea, siendo, con razon, expulsado de ella un hermano del vencedor de Cinoscéfale, el consular Lucio Quinto Flamínio, libertino pervertido, que encontrándose una vez en la comarca de los celtas, para satisfacer el capricho de una favorita y como multa por haberse aplazado un juego de gladiadores, mandó dar muerte á un caudillo celta. De igual manera se revistió la clase de los caballeros, privándose de su caballo al oído Lucio Escipion.

Era natural que esta competencia censoria, que terminó con el nombramiento del excelente Valerio Flaco para el cargo de príncipe del Senado durante los cinco años siguientes, atrajese sobre aquel hombre intrépido muchas enemistades, que le persiguieron toda la vida. No se nos oculta, en verdad, que cuanto intentó Caton durante su censura, así para atender á las necesidades prácticas, positivas y útiles, como para combatir el lujo peligroso, corregir los abusos de la administracion y reprimir la preponderancia de los capitalistas, solo pudo ejercer una influencia transitoria. La perjudicial tendencia al lujo y á la disipacion que tan rápido incremento tomó en Roma, el desarrollo de un *demi-monde*, así entre los hombres como entre las mujeres, la acumulacion de magnificencias del Oriente sin gusto alguno, el culto refinado y la pesada abundancia de los placeres de la mesa, el furor de espectáculos teatrales, gimnásticos y del circo, desarrolla-

do en la capital, y que tanto contribuyó á la creciente decadencia de la antigua disciplina, sencillez y nobleza; todo aumentaba cada vez mas rápidamente. Sin embargo, en la nobleza y en la plebe existían todavía poderosos elementos de las antiguas virtudes que, en representacion y defensa del lado bueno de la existencia romana, apoyaban á Caton, aun cuando no rechazaban la civilizacion griega como el censor, el cual la reprobaba, no por lo que en sí era, sino por ser extranjera y nueva.

Mas enérgica fué todavía la oposicion que Caton hizo con motivo de la politica exterior, cuando se trató, ante todo, de oponerse á la peligrosa tendencia de una parte de la nobleza que queria conservar para Roma fuertes posesiones al Este del Adriático, y cuando se llevó á cabo el funesto movimiento, por el cual se introdujo el nuevo sistema, falto de base moral, segun el que, atendiendo solo á la ventaja de la república, se trataba sin consideracion alguna á antiguos aliados, se ejercían violencias contra amigos sospechosos ó débiles, y se procedía cruelmente contra los vencidos.

#### III.—ROMA, MASINISA Y CARTAGO. MUERTE DE ANÍBAL

El periodo que siguió á la sumision de los Seléucidas y de los galatas trascurrió, como ya hemos dicho, pacíficamente; sin embargo, no era muy satisfactorio el aspecto que para lo sucesivo presentaba la politica exterior de los romanos. Bajo dos puntos de vista especialmente, á saber, en lo que se refería á Cartago y á Pella, el indeleble recuerdo de las dos guerras púnicas hacia que el Senado sintiera cierta desconfianza que produjo las mas fatales consecuencias. En Africa debía impedirse á toda costa que la potencia cartaginesa se robusteciese, y por esto se consentía que Masinisa cometiera toda suerte de vejaciones contra la antigua ciudad comercial, como ya se le había permitido tácitamente en la paz de Escipion. La vaguedad de la cláusula que le autorizaba para reclamar de Cartago cuanto ésta tenía de él ó de sus antepasados, era un pretexto cómodo para toda clase de ataques. La vergonzosa estipulacion que prohibía á los cartagineses defenderse sin permiso de los romanos, ponía á los príncipes púnicos del comercio en manos de las comisiones y embajadas romanas, que no tenían naturalmente interés alguno en poner término á la exigencias de los nómadas. Masinisa no cesaba de extender sus dominios: desde el año 193, ora devastaba, ora ocupaba la mejor parte del territorio púnico, la comarca de Emporie, junto á la pequeña Sirte, de suerte que iba arrojando á sus vecinos del territorio libre. Además, en 172 les despojó de setenta aldeas, sin que á pesar de esto estallara la indignacion de los cartagineses, gracias á su paciencia y docilidad, al temor que les inspiraba Roma y á la esperanza de indemnizarse mercantilmente de los daños sufridos. Pero toda la habilidad y prudencia, que rayaba en humillacion, con que el partido dominante, afecto á los romanos, procuró captarse el favor del Senado, no fueron bastantes para vencer la desconfianza de la política de Roma, tanto menos cuanto que muy pronto tuvieron los púnicos, señores del comercio, un nuevo enemigo en la tendencia que los romanos comerciantes mostraban contra la invencible competencia y el nuevo enriquecimiento de la metrópoli mercantil africana. No tardaremos en ver cómo la mortal enemistad que contra Cartago sentía Roma no se extinguió, ni aun despues que Anibal hubo dejado de ser un peligro para los romanos. La politica del Senado había exigido de Antioco III, al firmar la paz con éste, que le entregara á Anibal, si bien es verosímil que el orgullo y la nobleza de Publio Escipion, á quien repugnaba aquella persecucion contra su gran adversario, consiguiese la adición de la cláusula «si fuere posible.» Lo cierto es que

el gran cartaginés no cayó en poder de los romanos, sino que huyó á Creta, y se dirigió despues á la córte del rey de Bitinia, Prusias, á quien defendió con éxito en una guerra emprendida contra Eumenes II de Pérgamo. De aquí vino la ocasion de su muerte. En efecto, Eumenes solicitó la intervencion de los romanos: Flamínio, el vencedor de Cinoscéfale, enviado como embajador de Roma al Asia Menor, fué quien, menos noble que Escipion, ya sea á instancias del Senado, ó mas probablemente por su cuenta, aunque conforme con las ideas romanas de aquel tiempo, incitó á Prusias á que le entregara el temible fugitivo cartaginés. El caudillo bitinio, uno de los personajes mas miserables del Oriente, se dejó convencer por el poderoso hombre de Estado romano; y cuando Anibal juzgó inevitable su destino, se decidió á no pasar por tal villanía y á librar á los romanos del temor que les inspiraba el *demonio* del Africa, que así calificaban los de Roma al infeliz anciano expatriado. Con esta idea, puso fin á sus días, por medio de un veneno, en la segunda mitad del año 183, cuando contaba 67 años de edad.

#### IV.—ROMA Y MACEDONIA. MUERTE DE FILIPO V. PERSEO

Menos disculpable política y moralmente que la inextinguible desconfianza mostrada hácia los cartagineses, fué el proceder que adoptó el Senado respecto de Filipo V de Macedonia, despues de la sumision de los Seléucidas. Roma sabia perfectamente que si el apasionado Antigónida había apoyado tan decididamente al ejército consular, durante la guerra siria, lo había hecho, no por adhesion á sus vencedores, sino por la indignacion que sentía contra Antioco III. Era natural que el botín de esta guerra correspondiera en su mayor parte á Eumenes II y que solo una parte pequeña fuera adjudicada á Filipo. Sin embargo, la política romana cometió la falta de irritar en extremo al orgulloso y apasionado rey, cuyo engrandecimiento queria evitar, con una serie de mortificaciones y humillaciones diplomáticas, en vez de señalarle de una vez un territorio limitado. Eumenes II, que, enemigo antiguo de los Antigónidas, vigilaba á Filipo desde Oriente, reclamó algunas plazas tracias que éste había arrebatado á los Seléucidas. Una parte de las ciudades tesálicas y los atamanes, cuyo territorio había poseído el rey durante la guerra, creyeron, en vista de los términos en que estaban concebidas las estipulaciones entre Filipo y los romanos, que podían recobrar su independencia. Todas estas quejas y otras de menor entidad que contra Filipo se producían, fueron llevadas por sus adversarios ante el Senado, que las aceptó gustoso y aprovechó la ocasion que le proporcionaban de hacer que volvieran de nuevo á Roma los frutos de todos los trabajos llevados á cabo por el rey. La comision romana que en 186 ó 185 se envió á Grecia decidió, en un solo día, en Tempe, la cuestion á favor de los griegos y contra Filipo, y al año siguiente en Tesalónica se pronunció en pro de Eumenes II; de suerte que el macedonio, fuera de sus antiguas fronteras del año 196, solo conservó la fortaleza de Demetria.

Estas y otras humillaciones indignaron en extremo á Filipo. «No hemos llegado todavía al fin», exclamó en Tempe. Convertido de nuevo, desde entonces, en el enemigo mas implacable de los romanos, y amaestrado por la desgracia, se aprestó con gran energia para hacer, en días mejores, una nueva guerra contra Roma. Fiel auxiliar suyo era su primogénito, llamado Perseo, hijo de una jóven griega, modista de Argos; pero desgraciadamente el odio que á los romanos profesaban ambos príncipes les hizo cometer un acto sangriento en el castillo de Pella. La política de los romanos estaba, desde hacia mucho tiempo, acostumbrada á crear en todas las comarcas que dependían de su soberanía, un